



Una pintura de Soriano.

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

Juan Soriano

**N**ACIO EN GUADALAJARA cuando la Revolución se marchitaba: el 18 de agosto de 1920. Tres meses después, la etapa armada formaba parte de la historia nacional. Para Soriano, en cambio, siguió viva, como un aspecto de su biografía pre y postnatal: el padre estuvo en campaña y la madre lo siguió, como enamorada "Adelita"... Entre los brazos maternos, el bebé durmió arrullado por corridos recién surgidos de las filas bravías y los relatos que embelesaron su infancia giraron en torno a los hechos sangrientos que, como anécdotas, acuñó la familia Soriano.

Llegó a la adolescencia en un Jalisco enervado por mil pasiones políticas: entre tiroteos que ensangrentaban el Ayuntamiento, las Cámaras y los jardines públicos; con 17 gobernantes en un lapso de quince años; cuando las urnas electorales eran robadas a balazos y los gobernadores tomaban simultáneamente posesión de sus altos cargos: Basilio Vadillo, en Guadalajara y el poeta Salvador Escudero, en Chapala —1o. de marzo de 1921—. Cuando algunos lograban instalarse en Palacio de Gobierno por un mes; otros eran desaforados y unos más acusados de delitos del orden común... Cuando la chispa cristera brotó incendiando Los Altos y la capital del Estado... Cuando tener queveres con la política significaba andar a salto de mata, triunfando ahora y huyendo luego...

Y esto es lo que le sucedió al padre de Juan que, tras la Revolución, se metió en política. Por eso la infancia del futuro pintor tuvo un dejo novelesco: a veces, la familia tenía dinero y vivía en la elegante zona del centro de la ciudad; a veces, apenas se mantenía y habitaba en las orillas... A veces, ni casa había, ni bocado que enviar al estómago, y entonces Juan se iba con la "tía Merce", madre de su nana, a cobijarse en el casco viejo de una hacienda abandonada, junto a los hijos y nietos de la matrona "a la antigua que viste todavía de china, alegre como una gallera y recta y severa como una romana de la República", dice Diego de Mesa.

Cuando la "tía Merce" ha bebido un par de copas, el tequila hace brotar de su boca "cascadas de canciones, recitaciones, cuentos, dichos, proverbios, sucesos", un torrente poético que va nutriendo el alma de Juan con "bandidos ge-

nerosos, matones de barrio, novias raptadas (...) almas en pena, tesoros escondidos, espantos que no hacen más que espantar" y héroes de la Insurgencia o la Revolución.

De ahí irán surgiendo sus "ángeles, demonios, brujas y sirenas", su rica plástica de infantiles mitologías, expuesta en no menos de 38 exposiciones colectivas, presentadas en el país y en el extranjero.

Niño todavía, monta un teatro en su casa y organiza espectáculos que él dirige, en los que él actúa y cuyo público está constituido por él mismo frente a un espejo. Esta pasión por el teatro lo acompañará toda la vida: primero ayudando a decorar el Teatro Principal, en Guadalajara; después, consagrándose como escenógrafo y diseñador de vestuarios dramáticos.

Por entonces comienza también a copiar "monitos" de los periódicos y a colorearlos, como hacen los niños de todo el mundo. Sigue copiando cosas, flores, luego animales; después personas... Las escenas cotidianas de las casonas de provincia desfilan, desde esos años, por sus lienzos de costumbrista y fantástico sabor, por aquellos en que la imagen es fiel representación de la realidad, compitiendo con la fotografía, y por los otros, en que lo abstracto obliga a forzar la imaginación del azorado espectador.

Estudios formales no tuvo jamás y esta ausencia de academicismo fue el principio de su éxito. Pasó un poco por el atelier, repleto de maravillas, de Reyes Ferreira; luego estuvo en el Taller "Evolución", con Caracalla, sin pagar un céntimo, preparando telas, dibujando del natural, mezclando colores, platicando y escuchando. También leyó mucho y de todo: desde *El Quijote* hasta Gide; desde Homero hasta Virginia Woolf... Y asistió al teatro cada vez que hubo función en la ciudad, para gozar y conmoverse con Pirandello o con Tirso, que todo absorbía en aquellos juveniles días, todo lo estéticamente bueno le admiraba y se le quedaba enquistado, como huella perenne, en la imaginación. Su primera exposición colectiva tuvo lugar en el Museo Regional, con el grupo "Evolución". Ahí lo "descubrieron" Chávez Morado, María Izquierdo y otros valores de la Capital.

Hacia ella se dirigió un año más tarde, cerca de los dieciséis, a probar fortuna, amparado por familiares que lo hospedaron y, pronto, por poetas, como Carlos Pellicer, con quienes acabó manteniendo gran amistad. De hecho, se rodeó de poetas y poesía antes que de pintores, aunque, por supuesto, él siguió pintando.

Su primer éxito resonante fue una *Niña Muerta* plasmada en el lienzo después de haberla entrevistado en un velorio, en Alvarado, Ver. Gustó tanto que la vendió dos veces. Siguieron a ésta otras niñas: una con *Jarra Verde*; otras tres jugando con un *Puma*; otra más con *Naturaleza Muerta* y otra *Con Flores*... Niñas jugando, bailando, comiendo granada, desliziándose en el pasamanos de una escalera... Niñas desnudas, con cuerpecitos impúberes, vestidas... Mulatitas del Puerto de Alvarado, rubias comiendo naranjas... Gordezuelas o con el costillar visible... Con ángeles; peinándose; con el rostro cubierto por máscaras; sobrevoladas por mariposas; las puras caritas; con moños; sonrientes; pensativas; tristes; con nombres como *Catalina*; anónimas... Niñas, múltiples niñas, amarillas, azules, de distintos colores, etnias y estratos sociales; desfilaron por las telas que diestra mano cubrió.

También aparecieron los niños, con entornecedoras botitas y burgueses sweater-citos; semi-desnudos, cubiertos apenas por camisitas delgadas, como los muestra tanto el escenario pueblerino o de barriada; y en cuadros de innúmeras figuras, como *El Nuevo Paraíso* y *La Matanza de Inocentes*. Pues si su pincel se engolosinó, amoroso, con las niñas, un hábito de poesía alcanzó a transmitirse también a los niños. La infancia toda quedó cubierta por una mirada delicada del artista que supo hacerla vida en plenitud o muerte florida en torno a la cama mortuoria. A partir de 1941, Soriano empezó a trabajar sus autoretratos, haciendo familiar el rostro de ojos largos y atigrados, los labios gruesos, el pómulos alto, la sonrisa tímida o franca... el gesto huraño, los huesos angulosos.

Sus pinceles recorrieron la amplia gama del retrato, dejando para siempre rostros como el de Dolores Álvarez Bravo, las hermanas Misrahi, de belleza renacentista en matices orientales; la divina María Asúnsolo, posando un poco cual Maja de Goya; Carmen Marín, señorial, con un dejo de sensualidad retardada. Y trabajaron sus pinceles las naturalezas muertas, con lienzos, con flores, con frutas, con jarras, con pergaminos a medio enrollar, con llaves intrigantes que no se sabe para qué son... Y los animales cuajaron sus formas felinas, caballares, caninas, taurinas... a veces solos, otras acompañados por seres humanos. Domesticados, fungiendo de decorado; soberbios; con las crines en libertad; mortales, con los pitones atravesando las carnes del diestro; salaces, raptando a una Europa de obesidad flácida... Comiendo, grandes y nobles brutos; peque-

ños, pero no humildes; siempre bellos. En ocasiones, los temas son complicados, alegóricos, abigarrados, como *San Jerónimo Llorado por los Angeles*, o más aún *La Belle Jardinieri*, *La Novia Vendida*, y *El Jardín Misterioso*, en los que se encuentran mitos, fantasías y rebuscadas simbologías tomadas del entorno popular, del mundo clásico o de la más recóndita subconciencia del autor.

En 1952 hace su primer viaje a Europa y su pintura gira 180° al pasar a un Expresionismo vigoroso, creativo, estilizado en las figuras, abstracto en otras, de pincelada gruesa, ubicado en el Viejo Continente, un poco; mucho más en su propio suelo, con calaveras bienamadas por los aztecas, con hormigas que se adivinan entre caminos de luz, con Apolo frente a las Musas en hierética danza de gemas ternasoles, con una Madre que también podía no serlo. La figura se extravía en colores y líneas que la sugieren, que la ocultan y la dejan asomar, apenas...

En Roma se lanzó en pos de la escultura en el taller de Pietro y Andrea Cascella, porque tenían un horno que permitía cocer cerámica y ahí descubrió que amaba los abstractos de ondulaciones marinas, de texturas ríspidas o tersas, en lunas, torres, caras de mujer, desnudos de enormes glúteos femeninos e inmensos fallos masculinos.

Porque hay quien se ha escandalizado con la plástica de Soriano desde que expuso en 1955, patrocinado por Carmen Marín en la ciudad de México, hasta que lo hizo en el Instituto Cultural Cabañas, en 1984, aquí en Guadalajara.

En 1962 volvió al retrato, pero sólo al de Lupe Marín, fascinado por los ojos verdes, por su belleza que era Vida y era México, en una etapa de plenitud y despegue y en su esencia eterna. La esculpió, la dibujó, la pintó, la sintió venero inagotable de interés y conocimiento y por eso la repitió hasta la saciedad.

Desde 1970 reside en Roma. El Palacio de Bellas Artes ofreció, en 1959, una exposición retrospectiva de 25 años de pintura, a partir de aquella habida con el Grupo "Evolución".

El año pasado lo tuvimos en Guadalajara, invitado por el Instituto Cultural Cabañas para clausurar la antes ya citada exposición, con la que su solar nativo conmemoró justificadamente sus cincuenta años de manejo de pinceles, trabajando óleos y acuarelas, casi en forma exclusiva.

**Bibliografía:**

Fernández, Justino y Diego de Mesa, *Juan Soriano, U.N.A.M., 1976, México.*

# Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco (XVI)